RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Sapiro, Gisela

Modelos de intervención política de los intelectuales : el caso francés

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Sapiro, G. (2011). Modelos de intervención política de los intelectuales : el caso francés. Prismas, 15(15), 129-154. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1840

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Modelos de intervención política de los intelectuales. El caso francés[1]

Gisèle Sapiro

Centre Européene de Sociologie et de Science Politique, EHESS-París 1

Si bien en la mayoría de las sociedades es posible hallar un grupo o una clase de personas que ejercen una función intelectual, como el clero, no fue sino a partir del siglo XVIII que surgió en Europa un campo intelectual relativamente autónomo.[2] La expansión de la educación, el desarrollo de las universidades, el ascenso del paradigma científico y la industrialización de la producción de impresos contribuyeron a la afirmación del poder simbólico de los "intelectuales" y a su aparición como categoría social hacia fines del siglo XIX.[3] El adjetivo aparece ocasionalmente en los escritos de autores como Saint-Simon o Amiel, pero es durante el caso Dreyfus que el sustantivo entra en el uso común en Francia. Utilizado por primera vez peyorativamente por el bando antidreyfusard para desacreditar la legitimidad de sus oponentes para intervenir en la escena política en nombre de su especialidad, la categoría es apropiada por estos últimos y alcanza un reconocimiento internacional. El término debe a esta coyuntura su ambigüedad original: se refiere, en efecto, tanto al conjunto de los productores culturales, como a los que, de entre ellos, intervienen en el espacio público en tanto que tales. La definición política precedió a la definición profesional, que se fija en la década de 1920.[4]

El concepto de campo intelectual permite tomar por objeto la tensión entre estas dos definiciones, política y profesional. Situado en la intersección del campo político y de los campos de producción cultural específicos, el campo intelectual participa del campo de producción ideológico, "universo relativamente autónomo, donde se elaboran, en la competencia y el conflicto, los instrumentos de pensamiento del mundo social objetivamente disponibles en un

[1] Traducción de Alejandro Dujovne del artículo original en francés "Modèles d'intervention politique des intellectuels. Le cas français", publicado en *Actes de la recherche en sciences sociales*, 2009/1, N° 176-177, pp. 8-31.

[2] Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, México/Barcelona, Gustavo Gili, 1989; Lewis Coser, *Hombres de ideas: el punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968; Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995; Daniel Roche, *Les Républicains des lettres: gens de culture et Lumières au XVIIIe siècle*, París, Fayard, 1988; Didier Masseau, *L'invention de l'intellectuel dans l'Europe du XVIIIe siècle*, París, Presses Universitaires de France, 1994.

[3] Christophe Charle, *El nacimiento de los "intelectuales"*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009; del mismo autor, "Les intellectuels en Europe au XIXe siècle, essai de comparaison", en Gisèle Sapiro (dir.), *L'espace intellectuel en Europe*, La Découverte, París, 2009.

[4] Gisèle Sapiro, "Entre individualisme et corporatisme: les écrivains dans la première moitié du XXe siècle", en Steven Kaplan y Philippe Minard (dirs.), *La France malade du corporatisme?*, Belin, París, 2004, pp. 279-314.

momento del tiempo y donde se define al mismo tiempo el campo de lo pensable políticamente o, si se quiere, la problemática legítima", como lo definió Pierre Bourdieu.[5] En este mundo se enfrentan individuos y grupos de diferentes campos –político, sindical, mediático, académico, literario, etc.–, en una lucha por la imposición legítima del mundo social. La especificidad del modo de intervención de los intelectuales en cuanto tales se restringe a referirse a los debates específicos del campo intelectual, so pena de ser excluidos, como fue el caso de los intelectuales del clero católico a raíz de la condena del modernismo en 1907.[6]

Sin embargo, si se define por su especificidad, esta intervención tomó diversas formas, más o menos politizadas, entre el profetismo y la *expertise*. Estas formas que revisten las tomas de posición desde el punto de vista discursivo (del panfleto al diagnóstico) y de las modalidades de intervención (repertorio de la acción individual o colectiva, tales como peticiones, manifestaciones, agrupamientos, etc.), más que el contenido de las tomas de posición, serán objeto de este artículo, aunque, como veremos, ellas no son siempre independientes. Nos proponemos, a partir del caso francés, analizar los modelos de intervención política de los intelectuales y su evolución en el siglo XX, indagando, en un primer momento, los factores que los diferencian de manera ideal-típica.

Nos atendremos a los compromisos específicamente intelectuales, excluyendo otras formas de activismo militante –protestas, actividad sindical–, de las que los intelectuales, como todos, por supuesto, pueden participar, pero que no se fundan en la valoración de su capital simbólico específico, que no justifican un tratamiento distinto de otras categorías sociales, salvo para volver a examinar el tema de la tensión entre pensamiento y acción que atraviesa todos los debates sobre el compromiso de los intelectuales. La necesidad sentida por René Char de afirmar que fue en tanto poeta que tomó las armas durante la resistencia está ahí para recordarnos, además de la obsesión de los intelectuales de la época, desde los surrealistas hasta Sartre, de hacer de la literatura un arma,[7] que los pocos intelectuales que han participado en la lucha armada no lo han hecho en cuanto tales.

Factores de diferenciación de los modos de intervención política de los intelectuales

En la estructura en quiasma del espacio social, en el sentido con el que Pierre Bourdieu la construyó en *La distinción*, los intelectuales ocupan una posición dominada dentro de las clases dominantes en tanto detentadores de un capital cultural que se ha diferenciado del capital económico con la institucionalización del sistema escolar. Si la valoración de este capital cultural es fundamental para su compromiso como intelectuales, la diversidad de formas que toman sus intervenciones políticas debe ser puesta en relación con los principios de estructuración de este espacio. Las modalidades y las formas de compromiso de los intelectuales tienden a diferenciarse con arreglo a tres factores que estructuran el campo intelectual: el capital simbólico, la autonomía respecto de la demanda política y el grado de especialización.

Primer factor: la posición que ocupa en el campo intelectual según el volumen global de capital simbólico. El capital simbólico tiene un efecto sobre la forma que asume la toma de

[5] Pierre Bourdieu, *La distinction. Critique sociale du jugement*, París, Minuit, 1979, p. 465 [trad. esp.: *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1989].
[6] Claude Langlois, "La naissance de l'intellectuel catholique", en Pierre Colin (dir.), *Intellectuels chrétiens et esprit des années 1920*, París, Cerf, 1997, pp. 213-233.
[7] Denis Hollier, *Les dépossédés*, París, Minuit, 1993.

posición. Cuanto más se ocupa una posición dominante en el campo, mayor será la tendencia a universalizar los intereses particulares bajo una forma despolitizada. El moralismo es el modo de despolitización (formal) más común. Pero hay otros, como la estetización, la teorización o el formalismo (la introducción de procedimientos de investigación, métodos cuantitativos y técnicas de modelización en las ciencias sociales han sido una manera de despolitizar). En su estudio dedicado a la obra de Heidegger, Bourdieu muestra el trabajo de eufemización al que se sometió a la ideología conservadora y al estado de ánimo *völkisch* que prevaleció en la Alemania de Weimar mediante el uso de conceptos filosóficos.[8] De manera inversa, en sus luchas contra la visión dominante del mundo, la doxa, u "ortodoxia" cuando se trata de teoría, aquellos que ocupan una posición dominada en el campo, y por lo tanto son vistos como "herejes", tal como el profeta weberiano contra el sacerdote,[9] están obligados a manifestar su protesta de una manera politizada para otorgarle un atractivo universal, como lo demuestra la historia de las vanguardias, de los surrealistas a *Tel Quel* (véase más adelante). A esta oposición corresponde, por ejemplo, desde el punto de vista de los géneros, la diferencia entre el ensayo y el panfleto.[10] El panfleto surrealista "Un cadáver", que apuntaba contra tres escritores representativos del establishment literario, miembros de la Academia Francesa, es una buena ilustración:

> Loti, Barrès, France. Pongamos empero una hermosa señal blanca sobre el año que acabó con estos tres hombres siniestros: el idiota, el traidor y el policía. Con France desaparece un poco del servilismo humano. Festejemos el día que entierra a la astucia, al tradicionalismo, al escepticismo y a la falta de corazón.[11]

Las modalidades del compromiso, individual o colectivo, también son función del capital simbólico. Los intelectuales que están desprovistos de esta clase de capital están condenados a las formas de acción colectiva anónimas, como el manifiesto, la manifestación, la acción sindical (el sindicalismo intelectual) o la participación en grupos con vocación ético-política. Por contraste, el renombre confiere al intelectual una autoridad a sus tomas de posición, y su compromiso es más susceptible de tomar una forma individual o individualizada en el polo dominante, mientras que las formas colectivas, tales como la petición, muestran el capital simbólico colectivo por la acumulación de los capitales individuales.

El capital simbólico individual puede presentarse como títulos (diplomas, honores, posición académica, pertenencia a academias) –que refieren a un capital de tipo institucional–, o como renombre, capital de reconocimiento contenido en el nombre propio, como por ejemplo el de André Gide o el de Jean-Paul Sartre (que, significativamente, al rechazar el Premio Nobel de li-

[8] Pierre Bourdieu, *La ontología política de Martin Heidegger*, Madrid, Paidós, 1991.
[9] Max Weber, *Économie et société*, París, Plon, "Presses Pocket", 1995, vol. 2, pp. 190-211 [trad. esp.: *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1944]; véase también Pierre Bourdieu, "Una interpretación de la teoría de la religión según Max Weber", en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, pp. 43-63.
[10] Véase Marc Angenot, *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*, París, Payot, 1982, y Philippe Olivera, "La politique lettrée en France. Les essais politiques (1919-1932)", tesis de doctorado bajo la dirección de Christophe Charle, Université de Paris I, 2001, a publicarse en CNRS Éditions.
[11] "Loti, Barrès, France, marquons tout de même d'un beau signe blanc l'année qui coucha ces trois sinistres bonshommes: l'idiot, le traître et le policier. Avec France, c'est un peu de la servilité humaine qui s'en va. Que ce soit fête le jour où l'on enterre la ruse, le traditionalisme, le scepticisme et le manque de coeur", André Breton, "Refus d'inhumer", citado en Maurice Nadeau, *Histoire du surréalisme*, París, Seuil, 1945, p. 95.

teratura, así como cualquier otra distinción o pertenencia institucional, explicó en su carta a la academia sueca que "no es lo mismo si firmo Jean-Paul Sartre o si firmo Jean-Paul Sartre, Premio Nobel", y agregó que "el escritor debe negarse a transformarse en institución"). Si bien algunos acumulan los dos tipos de capital, el capital simbólico asociado al nombre propio puede pesar más que aquél debido a la posición institucional, aun cuando ésta sea muy prestigiosa como en el caso de Michel Foucault y Pierre Bourdieu (ambos miembros del Collège de France). Esta distinción tiene implicaciones sobre el modo de valoración del capital simbólico (mención del título o de la función) y, articulado a la dependencia de las instituciones y a la división del trabajo de expertos, también sobre los repertorios de acción: la competencia certificada por los títulos escolares constituye el capital simbólico del experto, quien realiza su diagnóstico siguiendo procedimientos definidos, mientras que el reconocimiento fundado en el carisma predispone al profetismo.

El segundo factor diferenciador es la autonomía en relación con la demanda política externa. Desde la autonomización del campo intelectual en el siglo XIX, las organizaciones políticas, los partidos, las instituciones religiosas y las empresas tratan de capturar el poder carismático de los intelectuales para imponer una definición –por lo tanto heterónoma– de su misión social, con el fin de subordinarlos a sus propios intereses. Se acostumbra a denominar "intelectuales orgánicos", repitiendo una expresión que Gramsci empleó de un modo un poco diferente, a aquellos que aceptan someterse a la disciplina de una institución u organización. Tales intelectuales de institución han existido siempre: los sacerdotes. En el campo intelectual (relativamente) autonomizado, la forma de dependencia más extrema a la demanda externa fue encarnada por los intelectuales que optaron por integrar el aparato ideológico de una institución o un partido, abdicando de su libertad crítica. Sin embargo, el experto que produce un diagnóstico "neutral" para la elaboración de políticas públicas (o de una organización política o de una empresa) también debe renunciar en cierta medida a ejercer su espíritu crítico para ajustarse a la demanda del Estado (o de otras organizaciones), colocándose así en una posición dominada respecto de los detentadores de capital político y económico.[12]

Por el contrario, cuanto más cuente el intelectual con un capital simbólico específico, más estará en condiciones de definir por sí mismo los términos y las formas de su compromiso, independientemente de las concepciones heterónomas del rol social del intelectual impuestas por el campo de poder o los partidos políticos que intentan capturar ese capital simbólico para su propio beneficio. Se trata de la figura del "intelectual crítico", que tiende a universalizar los valores específicos del campo intelectual, como los dreyfusard durante el Caso Dreyfus. La distinción weberiana entre el sacerdote nombrado por una institución y el profeta independiente que obtiene su autoridad de su carisma personal es paradigmática de esta oposición.

El grado de especialización de la actividad intelectual en cuestión es el tercer factor en la estructuración del campo intelectual que determina los modos de intervención política. La unificación momentánea del campo intelectual durante el Caso Dreyfus oculta el proceso de diferenciación y de competencia de las actividades intelectuales por el monopolio de ámbitos de competencia (jurisdicción), que se aceleró en la segunda mitad del siglo XIX.[13] La competen-

[12] Gérard Noiriel los incluye en lo que llama los "intelectuales de gobierno", distinguiéndolos de los "intelectuales específicos". Véase Gérard Noiriel, *Les fils maudits de la République. L'avenir des intellectuels en France*, París, Fayard, 2005.

[13] Andrew Abbott, *The system of professions. An essay on the division of expert labor*, Chicago, The University of Chicago Press, 1988, pp. 59-60.

cia entre actividades estructurará el campo intelectual, oponiendo en particular las profesiones llamadas "útiles", cuya *expertise* es (más o menos) conocida, a las ocupaciones creativas, por lo general excluidas de la historia de las profesiones,[14] pero que –de los escritores a los músicos, pasando por los artistas (y hoy los cineastas)– encarnaron el compromiso intelectual en Francia, más que las profesiones liberales.[15] Ahora bien, estos dos hechos no están relacionados. En cuanto a los escritores, la división de trabajo de *expertise* los ha despojado de una serie de actividades que ejercían (además de la política, la historia o la moral, convertido en el dominio de los historiadores y los sociólogos).[16] Y, como hemos sugerido en otra parte, esta entrega puede ayudar a explicar su politización en tanto que intelectuales.[17]

Por otra parte, las formas y las modalidades de intervención varían entre las actividades más especializadas y organizadas en el plano profesional, como el derecho y la medicina, y aquellas que lo son menos, como la literatura. Las variaciones se observan también tanto en el modo de movilización como en la retórica de justificación de las tomas de posición. La movilización en tanto que cuerpo profesional, en el nombre de la ciencia y de una competencia socialmente reconocida en un dominio, se opone aquí al compromiso individual, del modo carismático del profeta weberiano. La acusación de usurpación acecha siempre el modo de compromiso profético. Estos dos grupos se diferencian también desde el punto de vista de la retórica de la justificación, que descansa por un lado sobre valores intelectuales generales –el humanismo clásico proporcionó durante largo tiempo las categorías éticas que fundan la *doxa* de las clases dominantes–, y, por otro lado, sobre un saber especializado.

La combinación de estos tres factores define en gran medida la distribución de los diferentes modos de intervención en el campo intelectual construido de manera ideal-típica, de acuerdo con una aproximación relacional y no-esencialista [véase tabla *infra* "Modelos de participación política de los intelectuales"]. Asimismo, es un modelo dinámico: cada tipo ideal se define históricamente por relación a otro, y están en competencia permanente. Evidencia de ello es la existencia de una terminología nativa para diferenciar entre estas figuras ("intelectuales", "intelectuales orgánicos", "expertos", "intelectual específico", "intelectual colectivo").[18] Estas categorías no son excluyentes entre sí: un mismo individuo puede haber adoptado sucesivamente diferentes posturas de acuerdo con las posiciones que ocupó; el envejecimiento social conduce, en el mejor de los casos, de posiciones dominadas a posiciones dominantes; in-

[14] Christophe Charle, "Intellectuels, *Bildungsbürgertum* et professions au XIXe siècle. Essai de bilan historiographique comparé (France, Allemagne)", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 106-107, marzo de 1995, pp. 85-95. Gisèle Sapiro, "Les professions intellectuelles, entre l'État, l'entrepreneuriat et l'industrie", *Le Mouvement social*, 214, enero-marzo de 2006, pp. 3-24.

[15] Laurence Bertrand Dorléac, *L'art de la défaite 1940-1944*, París, Seuil, 1993; Jane F. Fulcher, *The composer as intellectual. Music and ideology in France (1914-1940)*, Nueva York, Oxford University Press, 2005. Los abogados por lo tanto habían jugado un rol precursor en el siglo XVIII; véase Lucien Karpik, *Les avocats. Entre l'État, le public et le marché. XIIIe-XXe siècle*, París, Gallimard, 1995, pp. 90-91, y Christophe Charle, "Le recrutement des avocats parisiens (1880-1914)", en Gilles Le Béguec (ed.), *Avocats et barreaux en France, l'étape des années 1910-1930*, Nancy, Presses universitaires de Nancy, 1994, pp. 21-34; del mismo autor, "Le déclin de la République des avocats", en Pierre Birnbaum (ed.), *La France de l'affaire Dreyfus*, París, Gallimard, 1994, pp. 56-86.

[16] Gisèle Sapiro, "'Je n'ai jamais appris à écrire'. Les conditions de formation de la vocation d'écrivain", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 168, junio de 2007, pp. 13-33.

[17] Gisèle Sapiro, "Forms of politicization in the French literary field", *Theory and Society*, 32, 2003, pp. 633-652.

[18] La observación de Zygmunt Bauman acerca de las definiciones de los intelectuales en general, a saber que "se trata de autodefiniciones", también se aplica a estas figuras particulares. Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

cluso pueden coexistir en ciertas circunstancias: un "intelectual específico" es susceptible de responder a demandas puntuales de asesoramiento técnico por parte del Estado. Además, dentro de cada uno de estos modelos las formas de ocupar una posición pueden ser distribuidas, en términos generales, en función de las otras posturas, como lo demuestra un examen más detenido.

Las oposiciones que subyacen a estos tipos ideales no se superponen con el tradicional clivaje izquierda-derecha. Si bien pueden coincidir en determinadas circunstancias, en tanto la propensión a ser guardián del orden social es a menudo situada en la posición del intelectual llamado de "derecha" y la impugnación a las autoridades tradicionales es más característica del intelectual llamado de "izquierda",[19] la figura profética pudo ser encarnada en los regímenes comunistas (donde estas categorías pierden además su pertinencia) por los intelectuales defensores de los valores "de derecha", como Solzhenitsin. Y si el "experto" se pretende políticamente neutral, el fascismo y el comunismo tuvieron sus intelectuales titulados, e incluso hubo una vanguardia fascista (los futuristas italianos) tanto como una vanguardia comunista (los constructivistas rusos). La articulación de este modelo con el contenido de la toma de posición y la comparación internacional requiere por lo tanto en cada caso una reconstrucción sociohistórica de la configuración del campo de poder y de las relaciones entre campo intelectual y campo político. De modo inverso, las maneras de intervención política de los intelectuales afines o de una misma tendencia política, tanto como los de una misma religión, pueden ser distinguidos entre varios de estos tipos ideales, aunque de manera desigual, como lo hemos demostrado en el caso de escritores franceses que expresaron su atracción por el fascismo.[20] Veremos esto más adelante para el caso de los intelectuales católicos y comunistas. Por último, la feminización del campo intelectual después de la guerra no ha modificado radicalmente los modos de participación.[21]

Modelos de intervención política de los intelectuales				
	Generalista		Especialista	
	Autonomía	Heteronomía	Autonomía	Heteronomía
Dominante	Intelectual crítico universalista	Guardián del orden moral	Intelectual crítico especializado	Especialista consultado por los dirigentes
	"Intelectual"	"Consejero del príncipe"	"Intelectual específico"	"Experto"
Dominado	Agrupaciones contestatarias (universalistas)	Intelectuales de institución o de organización (generalistas)	Agrupaciones contestatarias (especializadas)	Intelectuales de institución o de organización (especializados)
	"vanguardia"	"intelectual orgánico"	"intelectual colectivo"	"intelectuales orgánicos"

[19] Gisèle Sapiro, "De l'usage des catégories de droite et de gauche dans le champ littéraire", *Sociétés & Représentations*, 11, febrero de 2001, pp. 19-53.
[20] Gisèle Sapiro, "Figures d'écrivains fascistes", en Michel Dobry (dir.), *Le mythe de l'allergie française au fascisme*, París, Albin Michel, 2003, pp. 195-236.
[21] Acerca de las condiciones históricas de emergencia de los "intelectuales", véase en particular Nicole Racine y Michel Trebitsch (dirs.), *Intellectuelles. Du genre en histoire des intellectuels*, París, Complexe, 2004.

El intelectual crítico universalista

La figura tradicional del intelectual profético, intelectual crítico que se compromete a título personal en causas particulares en nombre de valores universales como la libertad o la justicia, afirma su autonomía frente a la demanda política externa. Surgida en el siglo XVIII con el involucramiento de Voltaire en el caso Calas, encarnada por Zola en el caso Dreyfus y llevada a su más alto grado por Sartre luego de la Liberación, se convirtió en una especie de coronación de la carrera del gran escritor.

Heredero de los "filósofos" del siglo XVIII, esta figura paradigmática del intelectual moderno conserva muchas características del profeta tal como fue definido por Max Weber.[22] Productor de representaciones colectivas y de una interpretación del mundo, por lo general acompañada de un mensaje ético-político, el intelectual crítico funda la legitimidad de sus posiciones en su capital simbólico, es decir, en su autoridad carismática sobre un público, capital a menudo ligado a su propio nombre más que a sus títulos, y por lo tanto asociado a su persona. En tanto el sacerdote es designado por la institución que le confiere su autoridad y lo remunera por sus servicios, el profeta no es nombrado por ninguna persona, habla en nombre propio, extrae su autoridad carismática de su posición después de haber conquistado el reconocimiento de su público y actúa de manera desinteresada: su profecía es gratuita. Por otra parte, toma riesgos al exponerse al oprobio y a la represión de los poderes por su mensaje herético. El desinterés y la asunción de riesgos en nombre de la conciencia fueron reivindicados por los "filósofos" del siglo XVIII como un capital moral, para desmarcarse de los eruditos de las universidades. En su artículo sobre "los hombres de letras" redactado para la Enciclopedia, Voltaire explica que la persecución afectó a casi todos los letrados aislados, aquellos que no pertenecen a instituciones como la universidad y viven retirados del mundo, letrados "encerrados en sus gabinetes", que son sin embargo los que han "prestado el servicio más grande al más pequeño número de seres pensantes dispersos en el mundo":

> Componed odas en alabanza de monseñor Superbus Fadus, y madrigales dirigidos a su amante, y dedicad a su portero un libro de Geografía, y seréis bien recibidos; ilustrad a los hombres y seréis aniquilados. Descartes tuvo que dejar su patria, Gasendo fue calumniado, Arnauld arrastró sus días en el destierro, y todo filósofo ha sido tratado como los profetas entre los judíos. [23]

Desde comienzos del siglo XIX serán los escritores quienes mejor ilustren este modelo de compromiso: al oponer a la certificación escolar su autoridad carismática con el público, su posi-

[22] Además del capítulo citado de *Economía y sociedad*, nos apoyamos aquí sobre *Le Judaïsme antique*, París, Plon, 1970, reedic. "Presses Pocket", 1998 [trad. esp.: en *Ensayos sobre sociología de la religión*, Madrid, Taurus, 1987, 3 vols.]. Véase también *On charisma and institution building. Selected papers* , ed. e introd. de S. N. Eisenstadt, Chicago, The University of Chicago Press, 1968, pp. 253-267.

[23] "Faites des odes ă la louange de Monseigneur Superbus fadus, des madrigaux pour sa maîtresse, dédiez ă son portier un livre de géographie, vous serez bien reçu; éclairez les hommes, vous serez écrasé. Descartes est obligé de quitter sa patrie, Gassendi est calomnié. Arnauld traîne ses jours dans l'exil; tout philosophe est traité comme les prophètes chez les Juifs." Voltaire, "Lettres, gens de lettres ou lettré", *Dictionnaire philosophique*, presentación de Béatrice Didier, París, Imprimerie nationale, 1994, p. 324. Sobre la construcción de un *ethos* intelectual, véase el estudio de biografías de filósofos realizado por Dinah Ribard, *Raconter, vivre, penser. Histoire de philosophes 1650-1766*, París, Vrin/EHESS, 2003. Esta representación de la posición de los "filósofos" debe ser relativizada en relación con la protección que obtuvieron por parte de la aristocracia y del poder; véase, además de las obras citadas en la nota 2, Antoine Lilti, *Le monde des salons au XVIIIe siècle*, París, Fayard, 2005.

ción de intelectuales "libres", en comparación con los intelectuales de Estado que eran los universitarios (convertidos en funcionarios durante el Primer Imperio), los situó en una condición estructuralmente equivalente a la de los profetas weberianos frente a los sacerdotes. El profeta privilegia el carácter emocional del mensaje por sobre el racional, más cercano del demagogo o del publicista que del maestro de una escuela filosófica. Diferenciándose de los pensadores que desarrollan un sistema filosófico, encarnados luego por los utopistas como Saint-Simon y Fourier, desde el romanticismo los escritores adoptaron esta forma profética particular, con Victor Hugo a la cabeza.[24] Su modo de intervención individual y puntual, incluso extraordinario, que tiene lugar en períodos de crisis, también recuerda la figura profética. Lo que no excluye, para algunos, como Lamartine, la entrada en el mundo político. En esa época los campos intelectual y político se encontraban aún poco diferenciados.

Siguiendo los análisis de Christophe Charle, se pueden comparar los diferentes campos intelectuales nacionales en el siglo XIX a partir del grado de diferenciación de los campos político, literario y académico.[25] Muy débil en Italia, donde las posiciones de escritor, profesor y político podían combinarse, y extrema en Alemania durante la misma época. Francia ocupa una posición intermedia: no es sino en la segunda mitad del siglo XIX que la función política se especializa, con la formación de un cuerpo de funcionarios de alto rango en el Segundo Imperio y la aparición de profesionales de la política bajo el régimen de la democracia representativa instaurado por la Tercera República.[26]

Este proceso entraña una diferenciación entre los campos intelectual y político desde el punto de vista de los valores y de los modos de funcionamiento. Si el Estado delega en ciertas profesiones intelectuales, como los médicos, un poder de *expertise* en dominios particulares, esta delegación de poder puede serles retirada y su consejo pasar a ser consultivo, con lo cual la toma de decisiones retorna nuevamente a los políticos. Pero los "intelectuales" que se afirman como categoría social hacia el fin del siglo XIX reivindican su capacidad para imponer la definición legítima de las problemáticas sociales de manera independiente de las expectativas del poder político. Su movilización durante el Caso Dreyfus aparece bajo este punto de vista como la manifestación de la lucha de competencia entre campo intelectual y campo político en el momento en que ellos se ven excluidos del juego político. Contra la "Razón de Estado" invocada por sus adversarios, un cierto número de intelectuales exigen la revisión de la sentencia dictada injustamente contra Dreyfus en nombre de la "verdad" y la "justicia", dos valores pro-

[24] Paul Bénichou, *Le sacre de l'écrivain 1750-1830. Essai sur l'avènement d'un pouvoir spirituel laïque dans la France moderne*, París, Corti, 1973, reedic. por Gallimard, 1996, y *Le Temps des prophètes. Doctrines de l'âge romantique*, París, Gallimard, 1977; José Luis Diaz, *L'écrivain imaginaire, scénographies auctoriales à l'époque*, París, Champion, 2007.

[25] C. Charle, *Les intellectuels en Europe au XIXe siècle*, *op. cit.*

[26] En 1820, 24 % de los autores literarios tenían funciones en la diplomacia y la administración o se beneficiaban de cargos honoríficos; esta categoría desciende a 17 % en 1827, luego al 10 % en 1834 y al 13 % en 1841. Roger Chartier, "La génération romantique", en R. Chartier y H.-J. Martin, *Histoire de l'édition française*, Paris, Fayard/Promodis, 1991, vol. 2, p. 784. Sobre la profesionalización de los hombres políticos, véase Max Weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1967; y especialmente para Francia, Dominique Dammame, "Professionnel de la politique, un métier peu avouable", en Michel Offerlé (dir.), *La profession politique XIXe-XXe siècles*, París, Belin, 1999, pp. 37-68, y Christophe Charle, "Les parlementaires de la Troisième République, avant-garde ou arrière-garde d'une société en mouvement?", en Jean-Marie Mayeur, Jean-Pierre Chaline y Alain Corbin (dirs.), *Les parlementaires de la Troisième République*, París, Publications de la Sorbonne, 2003, pp. 45-63.

piamente intelectuales, que de este modo son universalizados.[27] La innovación radica en su modo de acción colectiva, la petición, manifestación de poder simbólico acumulado por todos los firmantes, que es el corolario de la afirmación del papel de los valores intelectuales y del saber en una sociedad democrática contra la arbitrariedad y el dogma.

Expresión de la emergencia y la estructuración de un campo intelectual, este modo de acción se generalizó durante la entreguerras, período que también asistió a la proliferación de revistas intelectuales de todo tipo que procuraban la elaboración de esquemas de análisis del mundo social. Reservando al espacio del pensamiento crítico un ámbito de autonomía protegido de los constreñimientos y las presiones externas, la revista es en efecto el lugar predilecto del profetismo intelectual. Lo que caracteriza a esta época es la naturaleza puntual, extraordinaria, de la movilización de los intelectuales en torno de acontecimientos políticos particulares, y sin relación directa con su especialidad, sobre la base de palabras de orden muy generales: libertad, justicia, cultura, civilización. Muy a menudo, el compromiso en el polo relativamente autónomo responde a la búsqueda de valores intelectuales, como la libertad, la cultura, en tanto que el campo heterónomo se moviliza en respuesta a los intelectuales críticos, reproduciendo así el caso Dreyfus, que, por otra parte, fue utilizado a menudo como modelo de referencia.[28]

La guerra y la ocupación entrañaron una pérdida de autonomía y una sobrepolitización del campo intelectual que subsistió luego de la Liberación en relación con las cuestiones de la depuración y la Guerra Fría, hasta la Guerra de Argelia. Otorgando una significación política a las mínimas actividades intelectuales, como el acto mismo de publicar, la experiencia de los *années noires* desacredita el modelo del arte por el arte o del intelectual recluido en su torre de marfil.[29] Del mantenimiento de este estado de sobrepolitización de posguerra participa la hegemonía del Partido Comunista, que después de la Liberación recluta a muchos intelectuales y cuenta con figuras prestigiosas como Aragón, Éluard, Picasso, Léger, Joliot-Curie, obligando al conjunto del campo a definirse por relación con él. El éxito de Sartre en este período se debe a que define una nueva figura de intelectual comprometido, manteniendo su autonomía en relación con el Estado y los aparatos políticos (el Partido Comunista en este caso).

De este modo, Sartre inventa la figura del "intelectual total",[30] comprometido en todos los frentes del pensamiento: trasciende las fronteras entre literatura y filosofía que habían estructurado el campo intelectual de preguerra –con lo cual contribuye a su unificación–, y hace al mismo tiempo del compromiso una ética profesional.[31] En un momento en que los intelectuales colaboracionistas son castigados por sus escritos considerados como actos de traición a la patria, Sartre define la escritura como un acto, superando así la antinomia entre pensamiento y acción que había sustentado el debate sobre el compromiso de los intelectuales hasta 1940.[32]

[27] C. Charle, *Naissance des intellectuels, op. cit.*
[28] Jean-François Sirinelli, *Intellectuels et passions françaises. Manifestes et pétitions au XXe siècle*, París, Fayard, 1990.
[29] Gisèle Sapiro, *La guerre des écrivains, 1940-1953*, París, Fayard, 1999.
[30] Según la expresión de Pierre Bourdieu, "El intelectual total y la ilusión de la omnipotencia del pensamiento", *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario.* Barcelona, Anagrama, 1995, pp. 312-317.
[31] Anna Boschetti, *Sartre et "Les Temps Modernes". Une entreprise intellectuelle*, París, Minuit, 1985, y Pierre Bourdieu, "Sur le fonctionnement du champ intellectuel", *Regards sociologiques*, 17-18, 1999, pp. 5-27.
[32] Jean-Paul Sartre, "Présentation des Temps Modernes", *Les Temps Modernes*, 1, octubre 1945, y *Qu'est-ce que la littérature?*, Paris, Gallimard, 1948; ambos textos fueron incluidos en *Situations, II*, traducido al español como *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires, Losada, 1950 (varias reedic.). Ver también *La Responsabilité de l'écrivain*, Paris, Verdier, 1998.

Al mismo tiempo, el autor de *El ser y la nada* trasciende la oposición entre desinterés y responsabilidad, que divide al campo literario, hasta ese momento fundado en la responsabilidad del escritor en su libertad existencial. Mediante una inversión, Sartre también asigna al escritor la responsabilidad suprema de defender la libertad en todo el mundo, de acuerdo con una definición que se diferencia de las concepciones heterónomas de la responsabilidad social o penal de los intelectuales impuestas por el Estado o por los aparatos políticos.[33] Esta responsabilidad es permanente. Ella está presente en todos sus escritos, incluyendo el más apolítico. El escritor está involucrado en el mundo contemporáneo y debe asumir esta responsabilidad cotidianamente. Esta figura del "intelectual total" es una suerte de elaboración suprema del modelo de intelectual crítico y de su papel profético en la sociedad. Sin embargo, con la Guerra Fría, cuando se profundiza la polarización del campo intelectual y fracasa su intento de crear un partido de intelectuales independiente (el Frente democrático revolucionario [*Rassemblement démocratique révolutionnaire*], que lanzó con David Rousset a fines de 1947), experiencia que marcó los límites del compromiso político de los intelectuales, Sartre se acerca al Partido Comunista, del que se convierte en compañero de ruta en 1952, sin dejar de reivindicar su autonomía y sus prerrogativas de intelectual crítico (véase más adelante).

Que los escritores hayan expresado de modo paradigmático esta figura del intelectual profético no debe impedirnos considerar el hecho de que en el Caso Dreyfus se involucraron representantes de otras categorías intelectuales, en particular los universitarios,[34] aunque intervinieron en tanto que académicos o profesores, y a pesar de la utilización de prácticas de contra-*expertise*, no en nombre de su competencia especializada, sino en el de valores más generales como la verdad, de la que se sienten guardianes, y de una ética profesional basada en la libertad y en la independencia de espíritu, que los preserva de entregarse a las pasiones y de la obediencia ciega a la autoridad, tal como lo formularon Émile Duclaux, director del Instituto Pasteur, y Émile Durkheim.[35] Al explicar que fue más en tanto hombres que en cuanto especialistas que pusieron "su razón por encima de la autoridad", este último subraya, no obstante, la superioridad que confieren a sus hábitos profesionales en materia de juicios: "acostumbrado por la práctica del método científico a reservar su juicio hasta tanto sentirse lo suficientemente informados, es natural que cedan con menos facilidad al impulso de las masas y al prestigio de la autoridad".[36]

Este modelo de compromiso conoció una difusión trasnacional. Obró como referencia para el filósofo pragmatista americano John Dewey cuando aceptó la presidencia de una comisión de investigación sobre los procesos de Moscú en 1936 –como lo ilustra el hecho de que tituló a una de las reuniones, en abril de 1937, "La verdad está en marcha"– compromiso que justificó en los siguientes términos:

[33] Gisèle Sapiro, "Responsibility and freedom: foundations of Sartre's concept of intellectual engagement", *Journal of Romance Studies*, 6(1-2), 2006, p. 31-48 y "The writer's responsibility in France: from Flaubert to Sartre", *French Politics, Culture and Society*, 25(1), primavera 2007, p. 1-29.

[34] Vincent Duclert, "L'engagement scientifique et l'intellectuel démocratique. Le sens de l'affaire Dreyfus", *Politix*, 48, 1999, p. 71-94.

[35] Sobre Émile Duclaux véase Vincent Duclert, "La ligue de "l'époque héroïque": la politique des savants", *Le Mouvement social*, 183, abril-junio de 1998, pp. 27-60.

[36] " [...] accoutumés par la pratique de la méthode scientifique à réserver leur jugement tant qu'ils ne se sentent pas éclairés, il est naturel qu'ils cèdent moins facilement aux entraînements de la foule et au prestige de l'autorité [...]", Émile Durkheim, "L'individualisme et les intellectuels", retomados en Émile Durkheim, *La science sociale et l'action*, París, PUF, 1987, pp. 262 y 270.

[...] tenía la esperanza de que por estas investigaciones preliminares pudiera encontrarse un presidente cuya experiencia lo calificara mejor que a mí en esta difícil y delicada misión. Pero he dedicado mi vida a las tareas de educación, concebidas como las de la instrucción pública en el interés de la sociedad. Si finalmente acepté esta posición de gran responsabilidad, es porque advertí que actuar de otro modo sería contradecir la labor de mi vida.[37]

El guardián del orden moral

Duclaux y Durkheim respondieron a los ataques de los antidreyfusards, quienes desafiaron la legitimidad de aquellos a quienes llamaban despectivamente "intelectuales". Después de Maurice Barrès, quien sugirió que la mayoría de los firmantes de la petición en apoyo de Dreyfus no eran sino oscuros graduados que seguían a sus profesores,[38] el crítico Fernando Brunetière intentó socavar los fundamentos simbólicos del compromiso de los intelectuales partidarios de Dreyfus.

Éstos, escribió Brunetière, reivindicando el derecho de entrometerse en asuntos sobre los que no tienen ninguna competencia por su especialización, "no hacen más que divagar con autoridad sobre cosas de su incompetencia". La erudición y la ciencia no se identifican con la inteligencia, e incluso pueden ser contradictorias en la medida en que el conocimiento especializado es "limitado" y por lo tanto "restringido", por oposición a las "ideas generales". La propia inteligencia no puede sustituir a la "experiencia", a la "firmeza de carácter" y a "la energía de la voluntad". La ciencia no proporciona, por lo tanto, los "títulos para gobernar a sus semejantes". Y concluye que el cientificismo cubre en realidad "las pretensiones del individualismo", que es un principio de anarquía.[39]

Apuntando al compromiso universalista de los intelectuales especializados, la firme reprobación de Brunetière es característica del punto de vista de los guardianes del orden moral. Ésta se inscribe en una línea antiintelectualista que desafía la legitimidad del discurso crítico independiente y procura subordinar el pensamiento a las autoridades tradicionales –la Iglesia y el Estado– en conformidad con el segundo principio de oposición que hemos propuesto anteriormente. El concepto de responsabilidad social del escritor desarrollado por Paul Bourget en su prefacio a la obra *Disciple*, publicada en 1889, es representativo de esta idea del compromiso: la responsabilidad debe limitar la libertad crítica del intelectual, ella "limita sus derechos", como lo explicara uno de sus comentaristas católicos.[40] La aparición de *Disciple* desató una polémica que contribuyó, antes del Affaire, a estructurar el debate en el campo intelectual:

[37] "[...] j'avais espéré que pour ces investigations préliminaires, un président pourrait être trouvé dont l'expérience le qualifierait mieux que moi pour cette mission difficile et délicate. Mais j'ai consacré ma vie aux tâches de l'éducation, conçues comme celles de l'instruction publique dans l'intérêt de la société. Si j'ai finalement accepté ce poste de grande responsabilité, c'est parce que je me suis rendu compte qu'agir autrement serait mentir à l'oeuvre de ma vie". Citado por Romain Pudal, "Pour une analyse comparée de l'engagement politique des intellectuels en France et aux États-Unis lors des procès de Moscou de 1936-1938", *Sociétés contemporaines*, 64(4), 2006, pp. 95-113.

[38] Fritz Ringer, *Fields of knowledge. French Academic Culture in comparative perspective 1890-1920*, Cambridge/Nueva York/París, Cambridge University Press/Éd. de la MSH, 1992, pp. 220-221. Véase también Vincent Duclert, "Anti-intellectualisme et intellectuels pendant l'affaire Dreyfus", *Mil neuf cent*, 15, 1997, pp. 69-83.

[39] Ferdinand Brunetière, "Après le procès", *La Revue des Deux Mondes*, marzo de 1898, pp. 443, 445 y 446; véanse también pp. 442 y ss.

[40] Georges Fonsegrive, *De Taine à Péguy. L'évolution des idées dans la France contemporaine*, París, Bloud et Gay, 1917, p. 73.

frente a Anatole France, que defendía los "derechos inalienables" del pensamiento y la libertad de expresar cualquier sistema filosófico, el crítico Fernando Brunetière imponía, en *Revue des Deux Mondes*, los límites a la audacia de la especulación intelectual.[41]

Es contra la autonomización de la función crítica en la sociedad que éstos, que llamamos aquí guardianes del orden moral, tomaron posición durante el caso Dreyfus, defendiendo la "Razón de Estado" y a instituciones como el Ejército, a las que los valores intelectuales debían subordinarse. La actividad intelectual, para ellos una forma de preservar y reproducir el orden social, debe estar subordinada al interés nacional y de las clases dominantes. Estos "notables" obtienen con mucha frecuencia su autoridad de su cercanía a las fracciones dominantes de la clase dominante que conforman su público, y a instituciones a través de las cuales controlan el campo de la producción cultural, como la Academia Francesa. Relativamente poco dotados de capital simbólico específico, al firmar sus escritos y declaraciones hacen valer sus títulos de legitimidad institucional. Los vehículos de sus compromisos son la gran prensa, la conferencia y el ensayo. En particular, gustan del retrato del hombre político que les permite evidenciar su proximidad a las grandes figuras de la época: podemos citar, por ejemplo, *Hitler*, de Louis Bertrand (Fayard, 1936), *Mussolini et son peuple*, de René Benjamin (Plon, 1937) y, del mismo autor, *Le Maréchal et son peuple* (Plon, 1941). Frecuentadores de las reuniones oficiales y de eventos así como a los círculos de poder, intervienen a menudo como "consejeros del príncipe", cuando no ejercen el poder directamente en tanto que ministros o diplomáticos, o incluso bajo la forma de patronazgo, en tanto que miembros del comité de honor de un partido, una asociación o una organización de caridad –forma práctica que corresponde a su postura moralizadora– a los que aportan su garantía institucional. Diez miembros de la Academia Francesa fueron de este modo parte del comité de honor de la asociación "Solidaridad del Oeste", fundada en junio de 1938 para apoyar a la España franquista.[42]

Como explica Bourdieu, el efecto de refracción que ejerce el campo intelectual los obliga, sin embargo, a enfrentarse a los intelectuales críticos en su propio terreno y a referirse a problemáticas específicas del campo intelectual que ellos no han definido, de las que sus estrategias discursivas más típicas guardan la marca. En efecto, éstas retraducen la posición "contradictoria de doble exclusión, asociada, en la mayoría de los casos, a una *trayectoria cruzada* que, al precio de una doble inversión, lleva las posiciones dominantes en el campo de poder al campo de producción cultural, que ocupa una posición dominada, y, más precisamente, a las posiciones temporalmente dominantes del campo de producción cultural".[43]

Esta clase de trayectoria cruzada puede ser ilustrada por la carrera de Henry Bordeaux, que hemos analizado en detalle en otra parte.[44] Proveniente de la burguesía provincial, nutrido de las lecturas de De Maistre, Taine, Fustel de Coulanges y Le Play, se orientó, como sus hermanos (uno de los cuales hizo carrera en el Ejército, y los otros dos siguieron la formación de ingeniero en una gran escuela, Politécnica y Minas), hacia las ocupaciones tradicionalmente

[41] Thomas Loué, "Les fils de Taine entre science et morale. À propos du *Disciple* de Paul Bourget (1889)", *Cahiers d'histoire*, N° 65, 1996, p. 55.
[42] "Solidarité d'Occident", *Occident*, 16, 10 de junio de 1938.
[43] Pierre Bourdieu, "Le champ littéraire", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 89, septiembre de 1991, p. 10 [hay traducción en español, varias ediciones].
[44] Gisèle Sapiro, "Salut littéraire et littérature du salut. Deux trajectoires de romanciers catholiques: François Mauriac et Henry Bordeaux", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 111-112, marzo de 1996, pp. 36-58.

reservadas a la burguesía mediante la preparación de una doble licencia en Derecho y Letras. Después de una "desviación" temporal producto de la socialización en los círculos literarios de París –primera inversión–, volvió a Thonon a ayudar a su padre, a quien sucederá, adoptando la condición de notable y la visión del mundo ultraconservadora que lo llevará a desarrollar una obra literaria totalmente dedicada a la encarnación de los valores tradicionales. La misma fue coronada en 1919 –segunda inversión– por su elección en la Academia Francesa, que encarna el polo de consagración temporal del campo literario. Devenido, luego de la derrota de 1940, un ferviente propagandista de la Revolución Nacional, reclama el 12 de noviembre 1940 en *Paris-Soir* que el retrato del Mariscal sea colgado en todas partes, públicas y privadas –"Cada casa, cada hogar, por más modesto que sea, debe ser iluminado por su rostro"– antes de rendirle homenaje en una obra titulada *Images du Maréchal Pétain* (Sequana, 1941).

Esta clase de posición los conduce a desplegar dos tipos de estrategias contradictorias:

> se debe luchar contra el "intelectual crítico" mediante su reducción a su más simple expresión, que los expone sin cesar a la claridad simplista del divulgador; pero, so pena de perder toda fuerza específica, también deben demostrar que son capaces de replicar como "intelectuales" a las críticas de los "intelectuales", y que su gusto por la claridad y la simplicidad, aunque se inspira en una forma de anti-intelectualismo, es el efecto de una elección intelectual libre.[45]

Propio de esta dinámica de reacción contra los intelectuales críticos que había demostrado ya la movilización antidreyfusard es la declaración "Por un partido de la inteligencia", publicada en *Le Figaro* el 19 de julio de 1919 en respuesta a la *Déclaration d'indépendance d'esprit*, enviada por Romain Rolland a *L'Humanité*, que la publicó en su edición del 26 de junio de 1919. Con Paul Bourget, de la Academia Francesa, a la cabeza de los firmantes, la declaración fue precedida por un copete que explicaba:

> Algunos intelectuales han publicado recientemente un manifiesto en el que reprochan a sus colegas haber "deshonrado, humillado, degradado el pensamiento" al ponerlo al servicio de la patria y de su justa causa. Los firmantes de la declaración que publicamos hoy, habrían dejado tales propuestas sin respuesta, como dejan a sus autores exiliarse aunque su acción no parecía capaz de actuar como un mal y amenazar la inteligencia y la sociedad. Ellos piensan en efecto que la opinión pública, perturbada por estas tonterías, necesita ser guiada y protegida, y creen que es el papel de los escritores realmente conscientes del peligro. Contra el bolchevismo del pensamiento, contra el partido de la ignorancia, *desean organizar una defensa intelectual.*[46]

Si esta forma de compromiso es más frecuente entre los intelectuales no especializados, puede coronar la carrera de un letrado que intervino hasta aquí como experto, tal como Alexis Carrel con la publicación de su libro *L'Homme, cet inconnu* para agitar la amenaza de la "degeneración" que el descenso de la tasa de natalidad representa para la "raza".[47]

[45] P. Bourdieu, "Le champ littéraire", *op. cit.*, 1991, p. 10.
[46] Citado en J.-F. Sirinelli, *Intellectuels et passions françaises, op. cit.*, p. 43.
[47] Francine Muel-Dreyfus, *Vichy et l'éternel féminin. Contribution à une sociologie politique de l'ordre des corps*, París, Seuil, 1996, pp. 91-92.

El agrupamiento intelectual contestatario y la "vanguardia"

La forma colectiva que corresponde a la posición del intelectual crítico generalista, que reúne a los intelectuales menos dotados de capital simbólico, es el agrupamiento intelectual de vocación ético-política. Su arquetipo es la Liga de los Derechos Humanos, que perpetuó el compromiso dreyfusard con posterioridad al caso Dreyfus.[48] La década de 1930 vio multiplicarse estas organizaciones, como la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios y el Comité de Vigilancia de Intelectuales Antifascistas.[49]

Pero son las "vanguardias" literarias y artísticas las que mejor han encarnado esta forma de compromiso colectivo. Al igual que las sectas religiosas y los grupúsculos políticos, el reagrupamiento es su modo de acumulación primitiva de capital simbólico (colectivo). Que concibe las revoluciones simbólicas en la creación como una forma de subversión del orden social, a la manera de los surrealistas o de los situacionistas, quienes a este respecto se oponen, más directamente, a los guardianes del orden moral, para quienes el pensamiento y la literatura debe ser un medio para preservar el orden social.[50] Una de las características de las vanguardias es la impugnación de las fronteras sociales entre actividades o identidades: critican la especialización de los campos de producción cultural y científico y combaten, a veces, abiertamente la división del trabajo, al igual que los situacionistas.[51]

A falta de capital simbólico individual (se necesita un nombre o un título para firmar una petición), las vanguardias intervienen a golpe de manifiestos (firmados con el nombre del grupo) y ruidosas manifestaciones, que son los medios de protesta de los dominados. Su inconformismo los conduce a elaborar un inventario de lugares del arte y del pensamiento de su tiempo para desmontar los fundamentos dóxicos y teorizar sus principios en texto-manifiestos, tales como los manifiestos surrealistas *Pour un nouveau roman* (Minuit, 1961), de Alain Robbe-Grillet, o incluso *Théorie d'ensemble* (Seuil, 1968), de Tel Quel, que, por otra parte, a menudo les valió ser acusados de "teoricismo terrorista".[52]

Su voluntad de transgresión de las normas éticas y estéticas (las primeras funcionan también como censura artística) los inclina hacia el radicalismo político. Luego de aliarse con los marxistas del grupo *Philosophies* para tomar una posición contra el colonialismo francés durante la Guerra del Rif, en 1925, dando un significado ético-político de su culto romántico del Oriente, los surrealistas optaron, por ejemplo, por el comunismo o por el trotskismo.[53] Pero

[48] V. Duclert, "La ligue de "l'époque héroïque"", art. cit. La ligue antidreyfusarde n'a pas connu la même pérennité: voir Jean-Pierre Rioux, *Nationalisme et conservatisme: la Ligue de la patrie française, 1899-1904*, París, Beauchesne, 1977.

[49] Nicole Racine, "L'Association des écrivains et artistes révolutionnaires (AEAR). La revue *Commune* et la lutte idéologique contre le fascisme (1932-1936)", *Le Mouvement social*, 54, enero-marzo de 1966, pp. 29-47; "Le Comité de vigilance des intellectuels antifascistes, 1934-1939. Antifascisme et pacifisme", *Le Mouvement social*, 101, octubre-diciembre de 1977, pp. 87-113.

[50] Sobre la práctica del *détournement* en los situacionistas, véase Tom McDonough, *"The beautiful language of my century": Reinventing the language of contestation in postwar France, 1945-1965*, Cambridge/Londres, MIT Press, 2007.

[51] Véase Éric Brun, "L'avant-garde totale. La forme d'engagement de l'Internationale situationniste", *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 176-177, 2009, pp. 32-51.

[52] Es lo que hace Jean Paulhan en su ensayo *Les Fleurs de Tarbes, ou la terreur dans les lettres*, París, Gallimard, 1941. La acusación fue disparada también contra el grupo Tel Quel; véase Philippe Forest, *Histoire de Tel Quel, 1960-1982*, París, Seuil, 1995, p. 299.

[53] Maurice Nadeau, *Histoire du surréalisme*, París, Seuil, 1945, y Norbert Bandier, *Sociologie du surréalisme. 1924-1929*, París, La Dispute, 1999.

incluso cuando su estrategia subversiva los lleva a dar un sentido político a su protesta, como en el caso citado, la vanguardia se niega a sacrificar la autonomía del juicio estético. Por otra parte, este requisito de independencia del arte conduce a la mayoría de los miembros del grupo surrealista a romper con el Partido Comunista, que buscaba someter el arte a los imperativos políticos de la Revolución.

En la década de 1950, los escritores de la *Nouveau Roman* resolvieron su problema mediante la separación de la literatura de la política. Rompiendo con el modelo sartreano de compromiso, Alain Robbe-Grillet considera que el arte no puede ser un medio al servicio de una causa, incluso si ésta fuera la Revolución, no debe enseñar, ni pretender la eficacia. Sujeto a un criterio de evaluación externa (política o moral), se expone a la rutinización, a la ortodoxia. Para que sea arte, tiene que resignarse al desinterés. El *Nouveau Roman* rechaza de este modo la herencia humanista, que quiere que la literatura sea portadora de una moral positiva. Robbe-Grillet llama al retorno del "arte por el arte", y concluye: "Vamos a recuperar para la noción de compromiso el único significado que puede tener para nosotros. En lugar de ser político, el compromiso es, para el escritor, la plena conciencia de los problemas actuales de su propia lengua".[54] Pero si disocian el arte de la política, los nuevos escritores no renuncian a la idea sartreana de la responsabilidad del escritor: ellos firman (junto con Sartre) la "Declaración sobre el derecho de insubordinación en la guerra de Argelia", también conocido como el "Manifiesto de los 121".[55]

En la década de 1960, el grupo Tel Quel, dirigido por Philippe Sollers, también intenta vincular herejía literaria y radicalismo político.[56] Sin embargo, ante la aceleración de la división del trabajo de *expertise* y la imposición del paradigma científico en las ciencias humanas y sociales, la separación entre la literatura y la política hecha por el *Nouveau Roman* contribuye a la declinación del modelo de compromiso profético a partir de los años 1960. La defensa del esquema de la creatividad en mayo de 1968 no es ajena al ascenso del poder tecnocrático.[57] Por último, si el compromiso de la feminista Simone de Beauvoir releva del modelo universalista, la fracción de las feministas diferencialistas se inscribe más en esta clase de intervención por su voluntad de subvertir las representaciones y por su modo de acción colectiva, mientras que las feministas materialistas desarrollan una especialización creciente que las sitúa en los dos últimos tipos ideales. Este proceso de especialización también afecta a los intelectuales de institución.

El intelectual de institución o de organización política

La principal tarea de los intelectuales de institución (religiosa en particular) o de partido es ilustrar y defender la doctrina y/o línea ideológica del espacio al que han elegido unirse, a la manera de Giovanni Gentile redactando el *Manifiesto de los intelectuales fascistas* en 1925. Deben ajus-

[54] Alain Robbe-Grillet, *Pour un nouveau roman*, Paris, Minuit, 1961, p. 39.
[55] Anne Simonin, "La littérature saisie par l'Histoire. Nouveau Roman et guerre d'Algérie aux éditions de Minuit", *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 111-112, marzo de 1996, pp. 69-71.
[56] Niilo Kauppi, *Tel Quel: la constitution sociale d'une avant-garde*, Helsinki, The Finnish Society of Sciences and Letters, 1990.
[57] Boris Gobille, "Les mobilisations de l'avant-garde littéraire française en mai 1968. Capital politique, capital littéraire et conjoncture de crise", *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 158, junio de 2005, pp. 30-61.

tarse constantemente a las limitaciones específicas que les son impuestas y subordinan los valores intelectuales a la disciplina militante.[58] El resultado es una tensión entre valores e intereses contradictorios (activistas *vs* intelectuales), que muestra los intentos de los intelectuales católicos y los de sus homólogos comunistas por adquirir una autonomía relativa dentro de la institución.

La figura del intelectual católico nace de la pérdida del monopolio del poder espiritual de la Iglesia y del proceso de secularización que llevó a la institución eclesiástica a reorientar su estrategia hacia fines del siglo XIX.[59] Además de abrir nuevos espacios para los intelectuales laicos, los cuadros del "movimiento de renacimiento literario católico" podrían ser considerados como el comienzo de una especialización temprana del papel de los intelectuales –en la medida en que se trata del compromiso a través de las obras– si no estuviesen ante todo dirigidos a combatir el avance del paradigma científico y la división del trabajo intelectual. Es en contra de la emergencia de un sindicalismo intelectual con la creación de la Confederación de Trabajadores Intelectuales (CTI), en 1919, que los intelectuales católicos lanzan un llamado a la unión de las profesiones intelectuales bajo la égida de la Iglesia. La idea de una agrupación de intelectuales es coherente con el principio de la ayuda mutua de conformidad con la caridad, y con las enseñanzas de los papas que "nos muestran el camino de la vía fecunda de la organización corporativa como la única que conduce a un orden social donde todos los derechos tienen su lugar y donde todos los intereses materiales pueden ser respetados en paz".[60] Pero todos están de acuerdo en impugnar la concepción "materialista" y saintsimoniana del rol de los intelectuales y de su lugar en la sociedad tal como la prevé la CTI. La doble función de mediación que les fue asignada en ese momento, la de "intérpretes y salvaguardia" entre los militantes y Roma, y la del diálogo entre la Iglesia y la sociedad intelectual, se desvanecerá alrededor de 1968, después del *aggionarmento* del que eran portadores y que llevó al Concilio Vaticano II.[61]

Si los intelectuales de institución tienen que renunciar, por lo general, a su libertad de conciencia en defensa de la causa, no constituyen sin embargo una categoría homogénea en cuanto a sus modalidades y formas de intervención. En efecto, su capacidad de afirmar su autonomía dentro de la institución varía en función de sus propiedades sociales y de su capital simbólico específico, lo que los lleva a adoptar posiciones que se aproximan a otras figuras ideal-típicas descriptas aquí. De acuerdo con Hervé Serry, el movimiento de renacimiento literario católico permitió la aparición de una figura intelectual crítica en el seno de la Iglesia en la década de 1930, encarnada por Jacques Maritain, François Mauriac y Georges Bernanos. Del lado de los intelectuales comunistas, Frédérique Matonti mostró el enfrentamiento, en un período de alivio de la tensión que pesaba sobre los intelectuales, de dos posiciones, la del "consejero del príncipe" *thorézien*, encarnada de manera destacada por Roger Garaudy, quien define las *Tareas de los filósofos comunistas* según las "figuras impuestas", y la del "filósofo rey",

[58] El caso de los intelectuales del Partido popular francés muestra sin embargo que la renuncia a la autonomía no siempre es consecuencia de restricciones estrictas del partido. Véase Laurent Kestel, "De la conversion en politique. Genèse et institutionnalisation du Parti populaire français, 1936-1940", tesis de doctorado, Université de Paris I, 2006, pp. 458-472.

[59] Hervé Serry, *Naissance de l'intellectuel catholique*, París, La Découverte, 2004.

[60] François Hepp y Henri Massis, "Les intellectuels catholiques devant le syndicalisme intellectuel II", *La Revue des jeunes*, XXIV(11), 10 junio de 1920, p. 527.

[61] Denis Pelletier, *La Crise catholique. Religion, société, politique*, París, Payot, 2002, pp. 254-255. Sobre la confrontación de estos intelectuales con el marxismo luego de la Segunda Guerra Mundial, véase del mismo autor, *Économie et humanisme. De l'utopie communautaire au combat pour le tiers-monde, 1941-1966*, París, Cerf, 1996.

representada por Althusser, quien, respaldado por credenciales académicas, adopta la postura de intelectual crítico que rechaza someterse a la autoridad de la institución en materia filosófica.[62] Esta posición es nueva: en instituciones como la Iglesia o el Partido Comunista, que buscan imponer una visión global del mundo, la filosofía fue siempre el dominio mejor protegido a través de los "guardianes del templo" designados.[63] Signo del debilitamiento de la institución, para los intelectuales de *La Nouvelle Critique* inaugura un nuevo papel como "consejeros del príncipe", encargados de participar en la elaboración de la línea del PCF en el período de *aggiornamento* que se abre después del comité central de Argenteuil, sin dejar por ello de estar bajo la autoridad de la institución.

La literatura fue, por otro lado, tanto para los intelectuales católicos como para los intelectuales comunistas, un lugar en que la reivindicación de una autonomía relativa pudo hacerse escuchar en primer término. En momentos en que el zhdanovismo impone a la creación artística una limitación sin precedentes con la prescripción de un "método" y la sumisión de las obras al servicio de la causa comunista, Aragón, respaldado por el capital simbólico adquirido en la Resistencia intelectual, en la que ya había explorado los límites de la autonomía, reivindica para los escritores el derecho, en nombre de su especialidad, de rechazar la opinión del "lector de masa" o del trabajador.[64] Esta reivindicación se inscribe, tras el propio zhdanovismo, en un proceso de especialización de las actividades intelectuales dentro del PCF, que acompaña la institucionalización del Partido Comunista: el rol de los intelectuales no es servir como un respaldo simbólico a la causa del proletariado, sino poner sus competencias específicas al servicio de la transformación del mundo social, sea en la ciencia, la creación o la educación.[65] Esta concepción, que surgió en la URSS en la década de 1930 con el zhdanovismo, fue en parte producida contra el "proletkult", introducida en Francia durante la guerra, con la Resistencia intelectual, y puesta en práctica con la Liberación a través de la organización de los intelectuales comunistas por profesiones. Frente a la tendencia "trabajadores", que tenía la intención de someter en última instancia los productos culturales al juicio del pueblo y de sus representantes, esta organización aspira a regular y controlar el trabajo intelectual para evitar que formen un cuerpo y una fuerza de oposición en su interior.[66] Por un lado, el partido anima a los intelectuales a producir sus obras de acuerdo con el "método" del realismo socialista (de esta época data, también, el debate sobre ciencia burguesa y ciencia proletaria),[67] y, por otro lado, a colaborar con los no comunistas en la lucha en lo que respecta a su campo, como la defensa del libro francés o del cine francés contra el "imperialismo" cultural americano.

La polémica que sacude el polo radical del campo intelectual en 1955 en torno del rol de los intelectuales en el movimiento revolucionario, y más específicamente de la legitimidad del

[62] Frédérique Matonti, *Intellectuels communistes. Essai sur l'obéissance politique. La Nouvelle Critique (1967-1980)*, París, La Découverte, 2005, pp. 76 y ss. Para el período precedente, véase Jeannine Verdès-Leroux, *Au service du Parti. Le Parti communiste, les intellectuels et la culture (1944-1956)*, París, Fayard, 1983 ["thorézien", relativo a Maurice Thorez, primer secretario del Partido Comunista francés de 1930 a 1964. (N. de T.)].
[63] F. Matonti, *op. cit.*, p. 202.
[64] Louis Aragon, "Le roman et les critiques", *La Nouvelle Critique*, 17, junio de 1950, pp. 75-90.
[65] Gisèle Sapiro, "Formes et structures de l'engagement des écrivains communistes en France de la 'drôle de Guerre' à la Guerre froide", *Sociétés & Représentations*, 15, diciembre de 2002, pp. 155-176.
[66] Laurent Casanova, *Le Parti communiste, les intellectuels et la nation*, París, Éd. Sociales, 1949.
[67] Frédérique Matonti, "La colombe et les mouches. Joliot-Curie et le pacifisme des savants", *Politix*, N° 58, 2002, pp. 109-140; Michel Pinault, *Frédéric Joliot-Curie. Le savant et la politique*, París, Odile Jacob, 2000.

intelectual comunista, es un momento de enfrentamiento abierto entre los diferentes modelos de compromiso intelectual. La función del intelectual comunista –que, como hemos señalado, se ha profesionalizado– es cuestionada desde dos ángulos. Se la critica desde los valores propios del campo intelectual debido a que ejerce su profesión renunciando a las prerrogativas que le son específicas: libertad, creatividad, iniciativa, espíritu crítico –es particularmente la posición de Sartre y de muchos intelectuales progresistas, como Luis Martin-Chauffier, veterano compañero de ruta del partido, distante ya de él en 1953:

> Quién dice partido o movimiento, o cualquier otra organización que sea, la más noble en su propósito, la más escrupulosa en la elección de los medios, dice necesariamente disciplina, cohesión, táctica. Pero, ¿quién no ve que estas necesidades [...] son justo lo contrario a las reglas del espíritu que orientan tanto el pensamiento como la vida?[68]

Sartre fustiga a su ex estudiante Jean Kanapa, el editor en jefe de la revista doctrinaria del Partido, *La Nouvelle Critique*, quien reacciona con la puesta en duda de los intelectuales comunistas en diversas tribunas, desde la revista anticomunista *Preuves* hasta *Temps Modernes*. El argumento de Sartre es simple: si el Partido Comunista quiere atraer a los intelectuales progresistas, debe garantizarles la preservación de su autonomía en tanto que intelectuales. Sartre intervendrá nuevamente tras la publicación en 1956 del libro de Pierre Hervé, *La révolution et les fétiches*, que le valdrá a su autor la expulsión del Partido Comunista, debido a que adopta una perspectiva crítica con términos velados, volviendo entre otras cuestiones sobre ciertos *affaires*, como el del complot de las "batas blancas", que promovieron tendencias antisemitas en la URSS.

Desde el ángulo de la izquierda marxista no comunista, se le reprocha lo contrario que al intelectual comunista, según la lógica militante: por mantener las prerrogativas de un intelectual en lugar de fundirse en el movimiento revolucionario, tal es en particular la posición de Dyonis Mascolo y de Pierre Naville. Con el título *Le Communisme*, Dyonis Mascolo publica un ensayo en el que cuestiona la existencia misma del intelectual comunista en nombre de la necesidad de que se integre al proletariado: se trata de la figura del intelectual revolucionario. Como parte de su polémica con Sartre, Naville ofrece un análisis más complejo, que ilustra la transición entre el modelo generalista y el modelo profesional.[69]

Desde la mirada de Naville, Sartre representa la figura paradigmática del "intelectual" que se concibe como perteneciente a una clase fuera de la sociedad y perpetúa la división entre trabajo intelectual y manual, en nombre de los privilegios del "creador": rechaza el marxismo mientras que apoya a la burocracia comunista que institucionaliza esta división del trabajo mediante la instalación de la intelectualidad como un cuerpo separado de la sociedad. No tiene ninguna función como no sea la justificación del poder en ejercicio, ya que sólo describe lo que se ha hecho en lugar de señalar lo que resta por hacer. Es la noción misma de "compromiso", en cuyo nombre Sartre defiende el comunismo, lo que rechaza Naville. Más aun, niega que los

[68] ["Qui dit parti, ou mouvement, ou quelque organisation que ce soit, la plus noble par ses fins, la plus scrupuleuse dans le choix des moyens – dit nécessairement discipline, cohésion, tactique. Or, qui ne voit que ces nécessités [...] sont tout à l'opposé des règles de l'esprit, qui commandent à la fois à la pensée et à la vie?"], *Demain*, 12-18 de enero de 1956.

[69] Pierre Naville, *La révolution et les intellectuels*, París, Gallimard, 1975, pp. 148-214.

intelectuales tengan una misión específica. Por oposición a la figura del intelectual comprometido, Naville, devenido él mismo sociólogo del trabajo luego de haber trabajado como psicólogo de orientación laboral, fomenta al profesional que hace su trabajo –ingeniero, médico o contador–, y que, orientado en parte hacia la práctica, puede ejercer una función como experto. Esto también se aplica al creador, que para sus propias obras y en total libertad debe ejercer una función crítica en la sociedad, pero sin participar en la política. Paralelamente, preconiza la transferencia integral de las capacidades diversas de aquellos que lo deseen a las clases oprimidas, según el modelo de los intelectuales revolucionarios.[70]

Caso límite del intelectual de organización, el revolucionario profesional, que se funde en el movimiento obrero renunciando a sus prerrogativas, traza las fronteras del compromiso intelectual, donde ya no se diferencia de la acción política (incluso si a menudo, en la práctica, estos revolucionarios profesionales teóricos continúan siendo teóricos más que militantes). Es, pues, en este sentido, diametralmente opuesta a la figura del experto, que se ubica en la interfaz entre la actividad profesional y el compromiso.

El especialista consultado por los dirigentes o el "experto"

Remontándose al antiguo régimen, con la aritmética política, antepasado de la estadística,[71] la afirmación de la figura del experto que basa su juicio sobre un saber científico certificado se inscribe en el proceso de especialización y en la competencia en torno a la división del trabajo de *expertise*, según el análisis de Andrew Abbott. El reconocimiento de una competencia por el Estado ("jurisdicción") implica a cambio un servicio del Estado. El experto es el que informa las decisiones de los poderes públicos y provee los fundamentos "científicos" de las políticas públicas.[72] El diagnóstico que produce debe ser "neutro". La neutralidad es enarbolada como signo de cientificidad, por oposición a la ideología, sospechada de someter el conocimiento a fines políticos. Este rol del experto para la elaboración de políticas públicas se institucionaliza en los Estados Unidos con la aparición de *think tanks* en relación con el desarrollo del conocimiento científico para establecer las políticas públicas en el marco del *New Deal*.[73]

A diferencia de los Estados Unidos, donde los profesionales liberales han sido siempre "libres", en un país centralizado como Francia la competencia de expertos se constituyó dentro de la administración misma, con la formación un cuerpo de ingenieros y de altos funcionarios, lo que limitó a las demás profesiones la posibilidad de pretender tal cargo.[74] Sin embargo, a algunas de ellas se les ha atribuido, desde el siglo XIX, la función de expertos, tales como los

[70] Gisèle Sapiro, "Pierre Naville et Jean-Paul Sartre: une controverse sur le rôle social de l'intellectuel"; Frédérique Matonti, "Naville et les intellectuels communistes", en Françoise Blum (dir.), *Les vies de Pierre Naville*, Lille, Presses Universitaires du Septentrion, 2007, pp. 127-142 y pp. 143-155. Sobre la trayectoria de Naville, pueden verse las contribuciones en *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 176-177, 2009.

[71] Alain Desrosières, *La politique des grands nombres. Histoire de la raison statistique*, París, La Découverte, 1993, reedic. en "Poche", 2000, p. 36.

[72] Véanse los dos dossiers que la revista *Genèses* consagró al tema de la *expertise*: N° 65, diciembre de 2006, y N° 70, enero de 2008.

[73] Véase Tom Medvetz "Les think tanks aux États-Unis - L'émergence d'un sous-espace de production des savoirs", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 176-177, 2009, pp. 82-93.

[74] Véase por ejemplo Odile Henry, "L'impossible professionnalisation du métier d'ingénieur-conseil (1880-1954)", *Le mouvement social*, N° 214, enero-marzo de 2006, pp. 37-55.

psiquiatras en los tribunales o los médicos higienistas.[75] Entre las ciencias sociales, la criminología, la demografía y la estadística reivindicaron este papel desde fines del siglo XIX a través de una variedad de cuestiones consideradas como relevantes dentro de su competencia –la criminalidad, la disminución de la natalidad, el higienismo (la estadística se convertirá en una ciencia del Estado en Italia y en la URSS en particular)–.[76] La economía se impone en el período de entreguerras con el apoyo de fundaciones filantrópicas, especialmente el *Laura Spelman Rockefeller Memorial*, que tiene como objetivo establecer una red mundial de institutos de estudios de la coyuntura.[77] Las fundaciones fomentan en efecto el desarrollo de la *expertise* en las ciencias sociales, lo que va de la mano con la imposición de métodos estadísticos y la neutralidad axiológica como marcas de cientificidad.[78] La Sociedad de las Naciones contribuyó, a través de su Comisión de Cooperación Intelectual, a institucionalizar a escala internacional el recurso a "expertos desinteresados", como lo explicó el helenista inglés Gilbert Murray al asumir la presidencia del esta comisión.[79]

Si bien existía desde antes de la guerra, el modelo de experto importado desde los Estados Unidos se impuso ampliamente en Francia bajo la Quinta República con el establecimiento de una política de planificación que hizo uso de las ciencias sociales.[80] A los economistas, los urbanistas, los sociólogos se les pide estudiar la coyuntura, la renovación urbana o incluso las condiciones de la democratización del acceso a la cultura.[81] La proliferación de *think tanks* en los Estados Unidos en la década de 1970 y la difusión internacional del modelo confirma su generalización, en tanto la noción de experto experimenta una fuerte expansión. El desarrollo de clubes y comités de expertos dentro de los partidos y los sindicatos, que remite a la especialización de las tareas de los intelectuales de institución mencionadas aquí, revela la legitimidad po-

[75] Robert Castel, *L'ordre psychiatrique*, París, Minuit, 1977.

[76] Laurent Mucchielli, "Criminologie, hygiénisme et eugénisme en France (1870-1914): débats médicaux sur l'élimination des criminels réputés 'incorrigibles'", *Revue d'histoire des sciences humaines*, N° 3, 2000, pp. 57-89; Remi Lenoir, "L'invention de la démographie et la formation de l'État", *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 108, junio de 1995, pp. 36-61. Sobre la coyuntura de esta reivindicación véase Christian Topalov (dir.), *Laboratoire du nouveau siècle. La nébuleuse réformatrice et ses réseaux en France, 1880-1914*, París, ed. de la EHESS, 1999. Sobre el tema de la estadística, véase Jean-Guy Prévost, *A total science. Statistics in liberal and fascist Italy*, McGill-Queen's University Press, 2009, y Alain Blum y Martine Mespoulet, *L'Anarchie bureaucratique. Statistique et pouvoir sous Staline*, París, La Découverte, 2003.

[77] Ludovic Tournès, "L'Institut scientifique de recherches économiques et sociales et les débuts de l'*expertise* économique en France (1933-1940)", *Genèses*, N° 65, diciembre de 2006, pp. 49-70. En la URSS, la constitución de la *expertise* económica estuvo estrechamente ligada a la colectivización y la planificación; véase Alessandro Stanziani, *L'économie en révolution*, París, Albin Michel, 1998.

[78] Donald Fisher, "The role of philanthropic foundations in the reproduction and production of hegemony: Rockefeller foundations and the social sciences", *Sociology*, 17(2), pp. 206-233; George Steinmetz (ed.), *The politics of method in the human sciences. Positivism and its epistemological others*, Durham/Londres, Duke University Press, 2005.

[79] Gilbert Murray, "Pourquoi la coopération intellectuelle est nécessaire", *Coopération intellectuelle*, N° 15 marzo de 1929, p. 129. Véase también Jean-Jacques Renoliet, *L'Unesco oubliée. La Société des Nations et la coopération intellectuelle (1919-1946)*, París, Publications de la Sorbonne, 1999.

[80] Michael Pollak, "La planification des sciences sociales", *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 2-3, junio de 1976, pp. 105-121, y Delphine Dulong, *Moderniser la politique. Aux origines de la V République*, París, L'Harmattan, 1997. Sobre la relación con el poder que entraña la *expertise*, véase Jacques Chevalier, "L'entrée en *expertise*", *Politix*, N° 36, 1996, pp. 33-50.

[81] Frédéric Lebaron, *La croyance économique. Les économistes entre science et politique*, París, Seuil, 2000; François Denord, *Néolibéralisme version française. Histoire d'une idéologie politique*, París, Demopolis, 2007; Isabelle Backhouche, "*Expertiser* la rénovation urbaine: le cas de la France dans les années 1960", *Genèses*, 70(1), 2008, pp. 45-65; Vincent Dubois, *La politique culturelle. Genèse d'une catégorie d'intervention publique*, París, Belin, 1999.

lítica conquistada por este modelo. Por lo tanto, el recurso de la Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT) a los expertos de las ciencias sociales a partir de la década de 1960, en la década de 1980 toma una nueva forma, luego del abandono del socialismo autogestionario, a través de la relación que establece con la Fundación Saint-Simon, la cual, a mitad de camino entre *think tank* y espacio de reflexión, busca constituirse en un lugar de intercambio entre académicos (de los cuales algunos surgen de las filas del sindicato, como su secretario, Pierre Rosanvallon), expertos de la alta administración pública y representantes del mundo económico.[82]

El intelectual crítico especializado o el "intelectual específico"

Es frente a este crecimiento del lugar de los expertos que se puede comprender la afirmación de la figura del "intelectual específico", forma especializada del intelectual crítico teorizada por Foucault. Si bien aparece con anterioridad, se convierte en socialmente significativa durante la guerra de Argelia, sobre todo después de mayo del '68. Extrayendo todas las consecuencias de la división del trabajo de experto, Foucault rechaza la figura del intelectual universal que se erige en "maestro de la verdad y la justicia",[83] en tanto que Bourdieu le reprocha su "ilusión de omnipotencia del pensamiento".[84] Sin embargo, como este último, Foucault conserva la dimensión crítica, una crítica que pretende específica y no global, anclada en un saber especializado. A igual distancia de la acción política y de la neutralidad del experto, el trabajo del "intelectual específico" consiste ante todo en repensar las categorías de análisis del mundo social y redefinir las problemáticas pertinentes, contra las ideas heredadas y los esquemas de percepción rutinarios.[85] Al rechazar la instrumentalización de las ciencias sociales por el poder tecnocrático, esta concepción propicia una acción política (en la que el intelectual se involucra como ciudadano) basada en el conocimiento especializado sobre el mundo social (que ayuda a desarrollar en su ámbito de competencia), como el propio Foucault lo hizo en 1971 al fundar, junto a Jean-Marie Domenach y Pierre Vidal-Naquet, el Grupo de información sobre las prisiones, que reunía a jueces, abogados, periodistas, psicólogos.[86]

Esta figura se distingue asimismo tanto del intelectual profético como del experto y del intelectual de institución. Estuvo encarnada en Francia por intelectuales como Pierre Vidal-Naquet, Gisele Halimi, Michel Foucault y Pierre Bourdieu, aunque en la práctica oscilaron entre el modelo del intelectual universal y el del "intelectual específico". Inscritos en la línea del compromiso dreyfusard, *L'Affaire Audin* (1957), de Pierre Vidal-Naquet, que reunía las pruebas de la responsabilidad de las fuerzas armadas francesas en la desaparición del matemático comunista comprometido con el FLN, al igual que sus *Assassins de la mémoire* (1987), donde desmonta la argumentación pseudo científica de los negadores del Holocausto, pueden ser de he-

[82] Sobre el caso de la CFDT, véase Nicolas Defaud, "'L'adaptation' de la CFDT. Sociologie d'une conversion politique (1970-1995)", tesis de doctorado bajo la dirección de Dominique Damamme, Université Paris IX-Dauphine, 2006.
[83] Michel Foucault, "Intervista a Michel Foucault", en *Dits et écrits* IV, París, Gallimard, 1994, pp. 165-155.
[84] P. Bourdieu, *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama, 1995, p. 312.
[85] Michel Foucault, "L'intellectuel et ses pouvoirs" (1984), en *Dits et écrits* IV, *op. cit.*, pp. 676-677.
[86] Véase Grégory Salle, "Emprisonnement et État de droit. Une relation à l'épreuve en Allemagne et en France depuis les 'années 68'", tesis doctoral bajo la dirección de Pierre Lascoumes, Paris, IEP, 2006, pp. 86-129, y *Le Groupe d'information sur les prisons: archives d'une lutte, 1970-1972*, documentos reunidos y presentados por Philippe Artières, Laurent Quéro y Michelle Zancarini-Fournel, postfacio. de Daniel Defert, París, IMEC, 2003.

cho considerados como contra-*expertise* históricas, formada de "*expertise* autoinstituida",[87] que caracteriza el modo de intervención del "intelectual específico". Esto también se aplica a Gisele Halimi, que reúne en un libro con un prefacio de Simone de Beauvoir las pruebas de la tortura que los paracaidistas franceses infligieron a la joven argelina, integrante del FLN, Djamila Boupacha, obra que constituye según sus términos el "dossier de instrucción",[88] o su compromiso en defensa del derecho de las mujeres a la contracepción y el aborto. Esta contra-*expertise* está al servicio de los desposeídos de los medios de expresión. Como lo explica Foucault:

> Para mí, el intelectual es el tipo que está inserto no en el sistema de producción, sino en el aparato de información. Se puede hacer entender. Puede escribir en los periódicos, ofrecer su punto de vista. También participa del antiguo sistema de información. Cuenta con el saber que le da la lectura de un cierto número de libros, de los que otras personas no disponen directamente. Su papel, entonces, no es formar la conciencia de la clase trabajadora puesto que ella existe, sino permitir que esta conciencia, con este conocimiento obrero, entre al sistema de información para difundir y ayudar, en consecuencia, a otros trabajadores o personas que no son conscientes de lo que acontece.[89]

Contra-*expertise* y relevo de la palabra de los dominados, tales son los modos de intervención particulares del "intelectual específico". Pierre Bourdieu cuenta con un capital simbólico y una reputación internacional al servicio de la lucha contra el neoliberalismo y sus consecuencias sociales, multiplicando las tomas de posición públicas en favor de los "sin papeles" (1996) y el movimiento de los "desempleados" (1998), contra "la troika neo-liberal Blair-Jospin-Schröder" ("Por una izquierda de izquierda"), contra los "amos del mundo", a favor de los movimientos en lucha contra la mundialización neoliberal en Niza en diciembre de 2000 y en Quebec en abril de 2001.[90] Es como prolongación de este compromiso que Pierre Bourdieu acuñó el término "intelectual colectivo".

[87] Sobre este concepto, véase Dominique Damamme y Marie-Claire Lavabre, "Les historiens dans l'espace public", *Sociétés contemporaines*, N° 39, 2000, p. 10. Sobre los diferentes modelos de compromiso de los historiadores, véase también Olivier Dumoulin, *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, París, Albin Michel, 2003. *L'Affaire Audin* aparecido en las Éditions de Minuit en 1957; *Les Assassins de la mémoire* en La Découverte en 1987 (reedic. En 2005).

[88] Gisèle Halimi, "Simone de Beauvoir", *L'Humanité*, 1 de enero de 2000.

[89] "Pour moi, l'intellectuel c'est le type qui est branché, non pas sur l'appareil de production, mais sur l'appareil d'information. Il peut se faire entendre. Il peut écrire dans les journaux, donner son point de vue. Il est également sur l'appareil d'information ancien. Il a le savoir que lui donne la lecture d'un certain nombre de livres, dont les autres gens ne disposent pas directement. Son rôle, alors, n'est pas de former la conscience ouvrière puisqu'elle existe, mais de permettre à cette conscience, à ce savoir ouvrier, d'entrer dans le système d'information, de se diffuser et d'aider, par conséquence, d'autres ouvriers ou des gens qui n'en sont pas de prendre conscience de ce qui ce passe." Citado por Didier Eribon, *Michel Foucault*, París, Flammarion, col. "Champs", 1991, p. 268. Remitirse a esta obra para lo referido a los compromisos de Foucault.

[90] Estas tomas de posición fueron reunidas en Pierre Bourdieu, *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neo-liberal*, Barcelona, Anagrama, 2000; y *Contrafuegos II. Por un movimiento social europeo*, Barcelona, Anagrama, 2001; y en *Interventions. 1961-2001. Science sociale et action politique*, textos escogidos y presentados por Franck Poupeau y Thierry Discepolo, Marsella, Agone, 2002. Sobre estas intervenciones, véase David Swartz, "Le sociologue critique et l'intellectuel public", en Louis Pinto, Gisèle Sapiro et Patrick Champagne, *Pierre Bourdieu sociologue*, París, Fayard, 2004, pp. 393-411.

La agrupación contestataria especializada o el "intelectual colectivo"

Inspirado en el concepto foucaultiano de "intelectual específico", este modelo de compromiso extrae todas sus consecuencias de la especialización y de la división del trabajo de experto, proponiendo una forma de acción colectiva basada en el cúmulo de competencias en un dominio de conocimiento determinado. Por contraste con el individualismo característico del mundo literario, donde domina el paradigma de la singularidad, este modelo refiere al modo de funcionamiento del campo científico fundado sobre el trabajo en equipo y la acumulación de conocimientos, inaugurando un nuevo modo de intervención política colectiva sobre la base de trabajos científicos.

Ciertamente, el principio no es nuevo. Podríamos remontarnos a la Liga de los Derechos Humanos (LDH), creada en el momento del caso Dreyfus, y todavía muy activa, aunque se trata de una organización que no está reservada sólo a los intelectuales, y que oscila entre el compromiso universalista e intervenciones más específicas, se respalda sobre las competencias especializadas, con mayor frecuencia de orden jurídico (función que se desarrolló con el proceso de especialización).[91] La década de 1970 vio emerger nuevos grupos fundados por intelectuales sin estarles reservados, tal como la LDH, y que se distinguen de las organizaciones de la entreguerras en el hecho de que ponen a disposición de los dominados conocimientos específicos, al tiempo que les otorgan voz: siguiendo el modelo del Grupo de información sobre las prisiones, se formó en 1972 el Grupo de información y apoyo a los inmigrantes (GISTI), especializado en la ayuda legal a los inmigrantes. El Grupo de información de asilos psiquiátricos (GIA) fue creado el mismo año en contra de los abusos y la arbitrariedad de la psiquiatría. Emerge como una extensión de una redefinición de las fronteras entre lo normal y lo patológico operado por intelectuales específicos, entre los cuales se encuentra Françoise Dolto.[92]

Tiempo de gran movilización de los intelectuales, el movimiento social de 1995 dio lugar a la proliferación de organizaciones de vocación crítica.[93] Aparte del Club Merleau-Ponty, creado a fines de 1994, principalmente en torno a sociólogos, pero que no tuvo una existencia muy prolongada,[94] se halla el colectivo *Raisons d'agir* y el sello editorial del mismo nombre, fundados por Bourdieu y su equipo con el fin de prolongar el combate que había asumido como intelectual específico contra el neoliberalismo. Este compromiso fue objeto de violentos ataques tanto de parte de los guardianes de los cuerpos profesionales (cuyas formas de intervención se limitan generalmente a la *expertise*) como de los "intelectuales de gobierno", según la categoría de Gerard Noiriel.[95]

[91] Éric Agrikoliansky, *La Ligue française des droits de l'homme et du citoyen depuis 1945. Sociologie d'un engagement civique*, París, L'Harmattan, 2002.

[92] Frédérique Matonti, "Les nouvelles frontières du normal et du pathologique", en Dominique Damamme, Boris Gobille, Frédérique Matonti y Bernard Pudal, *Mayo-junio 68*, París, Ed. de l'Atelier, 2008, pp. 158-171.

[93] Julien Duval, Christophe Gaubert, Frédéric Lebaron, Dominique Marchetti y Fabienne Pavis, *Le "Décembre" des intellectuels français*, París, Raisons d'agir, 1998.

[94] Gwénaël Dérian, *Le Club de réflexions sociales et politiques Merleau-Ponty. Une esquisse avortée d'un intellectuel collectif*, tesis de maestría, bajo la dirección de Gisèle Sapiro, París, EHESS, 2008.

[95] Podemos citar como ejemplo la acusación contra el "academicismo radical", uno de cuyos argumentos principales es el de los efectos nocivos de la abstracción (la teoría) sobre el proletariado intelectual ("*lumpen-intelligentsia*"), que evoca la tradición antiintelectualista de derecha. No entraremos aquí en el detalle de la argumentación, excepto para señalar que oculta –sin duda porque contradice de manera evidente la tesis central de la ruptura de la sociología de Bourdieu respecto del mundo social– aquello que caracteriza su modo de compromiso, a saber, el hecho de poner

Otras organizaciones nacieron como resultado del movimiento de 1995, como ACRIMED (*Action-critique-medias*), observatorio de los medios de comunicación establecido en 1996 y que reúne a investigadores y académicos, periodistas y trabajadores de los medios, actores del movimiento social y "usuarios" de los medios; ATTAC, organización internacional (presente hoy en cincuenta países), surgió del llamado lanzado en diciembre de 1997 por el entonces director de *Le Monde Diplomatique*, Ignacio Ramonet, para el establecimiento del impuesto Tobin sobre las transacciones internacionales; la Fundación Copernic, *think tank* altermundialista creado en 1998 que cuenta con la participación de académicos y actores del movimiento social en la lucha contra el neoliberalismo. Estos casos tienen en común, por oposición al modelo de *think tanks* representados en Francia por la Fundación Saint-Simon, querer poner su *expertise* al servicio del movimiento social en lugar de reservarla exclusivamente a los dirigentes, y compartir sus conocimientos profesionales, teóricos y militantes desde una perspectiva de la crítica social. A la vez, más allá de sus dificultades para sostenerse en el tiempo, las exigencias del trabajo intelectual son a menudo incompatibles con las del trabajo militante. En efecto, se les presenta de manera permanente la cuestión de las modalidades del debate y del intercambio entre intelectuales y militantes, lo que los condena o bien a disolver su especificidad "intelectual" o bien a quedar encerrados en ella.

En conclusión, debemos recordar que si la figura del intelectual crítico universalista encarnada por el escritor ya no es la predominante en Francia, ella no ha desaparecido de la escena internacional y sigue estando representada en culturas dotadas de una fuerte tradición letrada, tal como lo ilustran los ejemplos de Günter Grass en Alemania, Noam Chomsky en los Estados Unidos, Orhan Pamuk en Turquía o David Grossman en Israel. Este fenómeno plantea la cuestión de la circulación transnacional de estos modelos, de la que hemos dado aquí unos pocos ejemplos y que ameritaría un estudio en sí mismo.[96] El llamado de Michael Burawoy a favor de una "sociología pública" se refiere por ejemplo a la tradición francesa de la intervención de los intelectuales.[97] También podría indagarse acerca de la transferencia de la función crítica hacia otras categorías, tales como los directores de cine en Francia, o los artistas en los Estados Unidos que se movilizaron contra la guerra en Irak, así como acerca de la renovación de los repertorios de acción que ello entraña.[98]

El papel desempeñado por la sociología en la elaboración del modelo de "intelectual colectivo" conduce, por último, a la pregunta sobre las relaciones entre disciplinas: si bien podemos encontrar en la mayor parte de ellas diferentes modelos de intervención política, su peso

---

su reputación al servicio de un movimiento social sobre el que reposa el discurso. Que esta acusación polémica y claramente ideológica, orientada en su origen a una revista intelectual comprometida, fuera publicada por una revista de sociología que reivindica la neutralidad axiológica, resulta significativo de la lógica de defensa corporativa frente a los efectos subversivos de la sociología crítica.

[96] Para un examen histórico de las relaciones franco-inglesas, véase Christophe Charle, Julien Vincent y Jay Winter (eds.), *Anglo-French Attitudes. Comparisons and transfers between English and French intellectuals since the eighteen century*, Manchester/Nueva York, Manchester University Press, 2007; sobre el período de posguerra véase Anna Boschetti, "L'espace intellectuel européen après 1945", en G.. Sapiro (dir.), *L'espace intellectuel en Europe*, *op. cit.*

[97] Michael Burawoy, "For public sociology", *American Sociological Review*, N° 70, febrero de 2005, pp. 4-28.

[98] Violaine Roussel, "Occupational logics and political commitment: American artists against the Irak war", *International Political Sociology*, N° 1, 2007, pp. 373-390.

relativo varía de acuerdo con su historia y sus relaciones con el Estado.[99] En tanto la función de experto fue constitutiva de disciplinas como el derecho, la demografía, la estadística o la economía, la sociología, que ocupa en Francia una posición dominada en la jerarquía académica, fue el lugar de desarrollo de una postura de contra-*expertise* en el momento de su marginación frente al crecimiento de la *expertise* económica de la década de 1980. Un estudio de la circulación de este modelo requeriría afirmarse sobre una comparación de las tradiciones nacionales de las ciencias humanas y sociales y de la jerarquía de las disciplinas en los diferentes campos académicos nacionales.[100] □

[99] Comprende a los intelectuales de institución: véase, por ejemplo, Frédérique Matonti, "Francs-tireurs ou partisans: les historiens communistes français et britanniques", *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 53-4 bis, suplemento, 2006, pp. 80-87.
[100] Johan Heilbron, "Q u'est-ce qu'une tradition nationale en sciences sociales?", *Revue d'histoire des sciences humaines*, 18(1), 2008, pp. 3-16.